

PINTURA ULTIMA

Tal vez deberíamos decir algo previo. Al servir una nueva causa siempre se vislumbran sus apotegmas; tal el secreto de la entrega. Pero, no. Hablar del grupo que surge promisorio y decantado en las nuevas telas, cuadros, cartelones o murales, es referirse a un impulso que nació prístino, sin balbu-

encontrar. Me rebelo contra esa herejía. Nosotros, los que oficiamos en tarea de búsquedas (crítica, si queréis apurar el término) y labor de sondajes, a lo más, determinamos la ruta, quizás sus linderos y, a veces, el país de partida y el puerto de arribo. Nada más. Sentimos, también, un estremecimiento de alboradas y aquel parto de lejanías que el Arte depara, y por ello se nos hace asaz riesgoso transmitir nuestras impresiones. Máxime cuando la incompreensión es de ignorancia y prejuicios como en nuestro medio. No obstante, con prescindencia de *bouquets* y ofertas de toma y daca, es fácil ajustar la retina a la visión muy de ellos que Reluz y Bracamonte Vera dan en sus cuadros.

Empecemos por este último. Indudablemente,

monía, perspectiva, paisaje, efectos, dirección del pincel, apreciación acumulativa, quien no atrape espacio y tiempo en su trabajo, quien no encierre o aprisione el alfabeto pictórico con gusto indesmentible en una tela, ese habrá hecho un afiche más, un marco de los clásicos gatos y peceera, una postal que, aunados a los afiches, marcos y postales, resumen la pintura barata y efectista que es de buen tono exhibir en *livings* y *budoirs*. Bracamonte Vera posee muchas condiciones, no para ser un maestro, cuanto para lograr una modalidad clara, esueta y expresiva: don estructural (contemplad sus grupos), captación de centros de fuga (analicemos sus retratos), y, en consecuencia, como predominio de la línea sobre el color, abandono del impresionismo — que nada puede hacer en el Perú—, y vuelta a los enjutos rostros de Daumier cuando no a la brevedad de los pintores alemanes de las últimas tres décadas que tanto han influido en Norteamérica. Bracamonte Vera, absorbido por inquietudes que distraen su misión, tiene el andar seguro de los que van derecho a su objetivo. Yo encuentro una casi predestinación en los trazos no dibujados todavía. Podría garantizar que no nos va a defraudar.

Reluz, joven, muy joven, despierto a nuevas mañanas y atisbando no mentidas promesas, peca de un picassianismo que si bien le amerita en técnica amengua, en cambio, su personalidad artística. Reluz, ávido de visiones cubistas, muy a tono con su momento (no sabemos si su deber) escapa a la apreciación escrita. Cuando se contemplan sus rostros

de amor a Cocteau y afición al superrealismo, el animalmente biológico, ese Hombre no es el señorito ni el *sans-culotte*. Es EL. Y no otro. Lógicamente, el humilde, el desapercibido, el dejado de lado, tiene que trasudar sencillez, franciscanismo y orfandad por todo sus poros. Si no, será un ente más: uno más. Para que sea UNO, indiviso e inconfundible, deberá disipar conjeturas y balbuceos. Reluz, poseedor de un hilo, que no es el de Ariadna, ha entrevisto con envidiable pupila dos o tres enfoques estimables. Uno de ellos, aquel niño con gorro de papel. ¡Qué suavidad en sus aristas! ¡Qué diferente su rostro a otros rostros! Y aquel autorretrato, con ese ojo derecho en su rostro aperfilado. Hay ya atisbos de autonomía estética.

Bracamonte Vera y Reluz: no habéis caminado mucho todavía. Vuestra meta, como la mía o la de aquel que pasa a vuestro lado, como la de todo explorador del misterio de la creación, está muy lejos. Nunca dejaremos de acariciarla como ensueño y de saberla imposible. Estad convencidos de que jamás entraremos a la Tierra Prometida. Sólo así, con la humildad del "Poverello" y la desazón del mendicante proseguiremos nuestro camino de escollos y bienaventuranzas. No debéis pedir otra satisfacción que el juicio propio. Apartaos del incienso y las palmas fáciles. En el Perú, y otros lo han hecho ya, hay que seguir erguido la senda adoptada. Perded hasta la camisa, empobreceos, pero no claudiquéis. Se ha nacido para el Arte, raro privilegio. Y los escogidos, los señalados por el Destino, los signados en una taumaturgia impenetrable, deben enrostrar acerbas envidias y procaces olvidos. No importa. IDEA os acompañará siempre. Y aunque sólo uno os entendiera, el sólo hecho de contagiar a otro el milagro de la creación es compensación suficiente en este árido valle de lágrimas, tiranuelos y "five o'clock". No olvidéis este principio: HACER DE SU PROPIA VIDA UNA OBRA DE ARTE.

M. S. M.



CABEZA, acuarela de Bracamonte Vera.



SIMBOLO, óleo de Carlos Reluz.



PERFIL DE OLVIDO, óleo de Carlos Reluz

nada ha perjudicado más a Bracamonte Vera que su lucha diaria con este medio enrarecido de neones cerebrales. A trompicones y barquinazos, tal como se viaja en el tranvía, hay que empezar cualquier avance o desplazamiento. Yo veo en la obra de Bracamonte Vera más promesa que obra hecha, más fruto por venir que mies lograda, más sufrimiento que gloria; y lo veo así porque determinarse a abolir matices y prometerse desentrañar la hermosa fealdad de los humildes, es dar, de antemano, un cariz quizás muy "social" pero muy en mengua de lo pictórico. En Pintura, digámoslo de una vez por todas, como en otra Arte o disciplina, no es menester hacer filosofía ni sentar premisas. No se trata de expresar pensamientos para que signifiquen algo, ni sentimientos evocadores que sustituyan efectos. El lenguaje de la Pintura, perogrullescamente, tiene que ser "pictórico", esto es, ajeno a todo efecto literario o musical de la obra. Decir que tal cuadro es de extrañas sugerencias o armonías recónditas es expresar vaciedades fuera de lugar y solfear desafortunadamente. En cambio, encontrar en las telas o "canvases" pinceladas oportunas o encuadros muy bien logrados, ya es haber avanzado algo en este camino. Para muchos (casi todos), Picasso es el malabarista de las rectas dispares o los cubos móviles; se olvida, o se desconoce, que la obra de este gran artista español es una permanente depuración de problemas ajenos a su arte. Con razón se tituló una exposición suya de 20 años: "Veinte siglos de la pintura". Y quien no recorra este camino, quien no vaya ingiriendo luz, color, ar-

triangulares y vacíos, sus pies planos (los de sus personajes), las manos crispadas en los objetos, entrevemos sus problemas. Pero, él no ha sufrido. No ha sentido plenamente la desgarradura del poeta como Eielson o Carnero Checa, por ejemplo, o el amor translúcido de Porfirio Meneses, a través de sus cuentos, o la inquietud serena, fecunda y trascendente de la AGRUPACION ESPACIO. Reluz no se debate entre las dudas y la herejía. Ya José Carlos Mariátegui, en su medular "Defensa del Marxismo", decía: "La herejía es necesaria para la salud del dogma". Por tanto, cabe esperar de su crisis juvenil —tan necesaria en esta etapa— nuevos hallazgos.

No es posible deambular entre llamas y motivos indigenistas que no reflejan nada. El folklorismo, el sabogalismo propiamente dicho, entorpece y nubla la perspectiva estética. El indio y su quena, el monte y el ichu, no son propiamente motivos. El indio y su drama, y su vigencia, y su valor perenne, y su esperanza eterna, y su contenido intraducible, he ahí el derrotero. Por otro lado, el HOMBRE, esto es, el Ser pensante y actuante, el desprovisto



DESNUDO, aguada de Bracamonte Vera

ceos ni retrocesos: he ahí su gallardía, su derecho a ornar estas páginas de IDEA. Deberíamos decir el nombre de todos; deberíamos... si, decir muchas cosas, aclarar muchos puntos, alejar ciertos recelos. Pero, nosotros como nadie sabemos que no es ese el camino del artista. Nada se gana con nombres, apellidos, apelativos que no hayan conquistado sangrientamente, dolorosamente, su puesto y su ubicación. Víctimas de un aplauso oficializante, sujetos a las veleidades de ignaras comprensiones, los creadores del Perú nuevo han de estructurar bien su filiación. Aupados a los diarios grandes, viviendo de prestado en instituciones que no alcanzan mayor resonancia que el área de su domicilio, a la vera de pretendidos "valores", es muy fácil presumir de capacidad. No lo es cuando el camino escogido es el de espinas. Y quien no se halle dispuesto a entregarlo todo por sus ideas, quien no sea capaz de hacer de su vida ejemplo y crisol de lo que predica, retumbará orondo pero falso, de oropel estulto e hipocresía manifiesta. Y la filiación anhelada, ese determinismo que hay que saber escoger entre tanta tentación, es la de la consecuencia a la propia sensibilidad. Ser consecuente consigo mismo: tal el lema de nuestras exigencias. Dos pintores adheridos a estos principios, a flor de llaga y hálito de espera, dos nuevos combatientes en la lid que mediocres usurparon, dos sinceros y viriles pintores son Bracamonte Vera y Carlos Reluz. Dejando de lado aquel rafaefismo que tanto inquietó a Rosseti y sus adláteres, premunidos de la certeza de que en el Perú y en la pintura de estas márgenes hay que hacerlo TODO (como en tantos otros órdenes), Bracamonte Vera y Reluz han encerrado en sus cuadros una elocuente intención: expresarse. Pero, ¿qué es lo que dicen o quieren decir? Sus rostros geométricos y desiguales proporciones (Reluz) o un substratum — tal vez muy evidente— de "conciencia de clase" (Bracamonte Vera) ¿son el objetivo y la meta propuestas? NO. Rotundamente, no. Para eso se recurriría a otros medios más expeditivos y remuneratorios. ¿Qué significa, entonces, esa sombra vigorosamente acusada en la obra de Bracamonte Vera? De tanto hurgar en la célula para explicarse su funcionamiento se llega a destruirla; no destruimos la emoción estética. No podemos explicar nada: ni la novela, ni la poesía, ni las sonatas, nada. Es pecar de simplismo (al decir de Herriot) el atribuir a todo un significado específico. El Arte sería, entonces, un mensaje cifrado cuya clave habría que